

CANCIONERO
DE
SANTA TERESA

POESÍAS ORIGINALES
DE
CANDIDO R. PINILLA

CON UN PRÓLOGO
DE
D. LUIS MALDONADO

SEGUNDA EDICIÓN

Precio: 1.00 cts.

SALAMANCA
Imprenta y Librería de Francisco Nuñez Izquierdo.
1914

FP 187



R.P. 184

A guisa de prólogo

I

En el renacimiento, iba á decir aparición, porque casi lo es, de la literatura regional salmantina, figura en lugar preeminente Cándido Rodríguez Pinilla, poeta excelso que, á diferencia de lo que suele creerse, comenzó á formar su capullo en la corte con el éxito más lisonjero y vino luego á hilar su espléndido copo al calor de la tierra materna.

Pinilla, por su cultura, por sus variadas aptitudes artísticas, por la sensibilidad exquisita con que fué dotado por Dios, es un vate en cuya lira hay cuerdas para todos los géneros literarios.

No hay manifestación del arte, aun las de las artes plásticas, siendo él ciego, que no arranquen sentidos acentos á su musa. Perdió la vista en la infancia; pero conservó vivo el recuerdo de las impresiones recibidas y es tan clara su intuición imaginativa, que asombran, por su verdad, las descripciones de la naturaleza de que están esmaltadas sus obras. Por raro caso, mejor dicho, por caso verdaderamente milagroso, son tanto más bellas aquellas que hacen referencia á cosas que están en la realidad tangible y que todos podemos comprobar; y la comprobación resulta tan exacta, que, cuando se observa la adecuación admirable entre lo vivo y lo pintado, surge la duda de si la ceguera será cierta. Tal es la fortaleza del estrecho lazo que junta en su espíritu las dotes privilegiadas de su memoria, de su interna visión y de su admirable inventiva.

Pero todas estas excelencias del poeta son inferiores á un sentimiento, casi ausente de nuestra literatura y que es, sin

duda, el que máspreciadas quintaesencias presta á toda noble creación: la ternura.

Es general el error de creer que la ternura es cosa corriente y al alcance de todos, así en la vida social como en la esfera del arte.

El que ama como el que crea, imaginan enternecerse con frecuencia, y cuando son presa de determinadas emociones, como cuando imaginan escenas ó episodios que las reproducen, aseguran que se han sentido enternecidos. Y la ternura, especialmente en el arte, es un sentimiento exquisito de que no gozan más que las almas privilegiadas. Donde hay ternura, hay siempre sensibilidad; pero la afirmación contraria no es cierta, porque aquella es la exaltación suprema de esta, es la divinización de un estado psíquico, de una impresión del ánimo, elevándolo sobre el trípede del amor, de la piedad y de la ley moral.

El hombre sensible consuela al niño abandonado ó á la mujer adúltera y sigue su camino; el hombre tierno no solamente protege al desvalido, sino que le ama por serlo, hace suya la causa de sus desventuras, se apiada de ellas y siente y expresa enérgicamente la protesta contra el medio social que las produce.

Esa exaltación sobrehumana se traduce en el arte por una vibración ondulante que es el fondo de las obras maestras de Bach, Mozart y Beethoven, la aureola que vivifica los cuadros de nuestros más celebrados pintores, el dejo, entre irónico y pío, exquisito y misterioso aliño que se paladea en todas las grandes obras literarias.

Y ese dejo de ternura se paladea también en todas las obras de Pinilla, y, aun más que en ninguna otra, en los versos á que sirven de prólogo estas páginas, escritas á vuela pluma bajo la impresión de una rápida lectura.

No soy aficionado, caro lector, á dar anticipos de las obras que llevan en sus comienzos letra mía. Es este un honor demasiado grande para que yo corresponda á él desflorando las bellezas que aquellas atesoran. Y en este caso resultaría una prole-

fanación el que pusiera mi torpe mano en las delicadas poesías que estás ansioso de saborear. Pero como parecería insólito desdén el que un escritor castellano olvidase el hablar de Santa Teresa al escribir el prólogo de un primoroso cancionero á ella dedicado, ahí van, en pocas palabras, unas cuantas impresiones que arranco del corazón y, ya que no trasciendan á crítica alambicada, llevarán á tí el cálido vaho del corruscante pan cotidiano de que se nutre ese alegre matrimonio de la opinión popular y el honrado vulgo á que se honra en pertenecer el humilde prologuista.

II

He de confesar, sinceramente, que solo haciendo un supremo alarde de voluntad, he logrado dar cima á la lectura de las obras de la Santa. *Las Moradas*, sobre todo, tan celebradas como son hasta por la gente vulgar, me costaron inmenso esfuerzo; si fuera meridional, podría decir, con el panegirista del cuento, que *Las Moradas* me costaron *pasar las morás*; que no fué menos duro el someter la atención rebelde, durante dos semanas, á aquella para mí ingrata lectura.

Y es que mi temperamento (y hablo de él porque lo reputo vulgar y cuanto de él diga es aplicable al mayor número) resiste á la mística con aquel instintivo temor que estremece el cuerpo cuando lo llevan en volandas.

En cambio, ¡qué poesía, qué encanto, qué rendida adoración la que me inspira la Santa cuando algún verdaderamente iniciado como Juan Berrueta entreteje con frases sencillas, espigadas delicadamente aquí y allá entre la monotonía de la mística, alguno de sus admirables bocetos psicológicos! Son estos escritores verdaderos alquimistas del espíritu que extraen el *abstractum* de las grandes obras para hacerlas gustar á muchos paladares degenerados y adormecidos por la blanda sensación del castizo garbanzo.

Ellos (Unamuno, Berrueta, Tomás Redondo, La Mano, Pinilla, S. Moguel) han despertado mi alma á esos encantadores arrullos de la tórtola divina que, por lo que toca á la mujer y á la Santa castellana, no necesitaba yo del aliciente de los alcoholes milésimos para admirarla.

Hay, en esa encarnación prodigiosa del espíritu español, una nota de finura, de noble ironía, de dulce humorismo, de *humilde* supremacía, de exquisita humanidad castizamente castellana. La Santa, á pesar de su modestia (*pesia mí*, como ella decía) tenía que reconocer la evidencia de la propia superioridad sobre todo lo que le rodeaba. Negarla, hubiera sido en ella, tan encantadoramente sincera, grave pecado de falsía; afirmarla, vanidad ó soberbia. Su espíritu, tan bellamente equilibrado, aun en el arrebató del éxtasis, supo, imitando á Cristo, convertir en santo amor y en dulce piedad aquella supremacía y no hay en toda su vida ni en toda su obra, ni en todos sus escritos, nada tan sublime y tan verdaderamente genial como aquellas frases de encendido afecto, medio en burla, medio en veras, con que la fortaleza de su alma se proyectaba en el ánimo endeble de sus novicias. El cuento de los cohombres, sino fuese suyo, tendría que ser de Quevedo ó de Cervantes.

Y... no escribo más. En lo que va escrito podrás comprender, lector pío, que quien escribe este prólogo ha procurado descubrirte el ténue hilo que, á través de los siglos, une dos almas noblemente castellanas, ambas ahitas de ternura: Santa Teresa y Cándido R. Pinilla.

LUIS MALDONADO

LA DIVINA AVENTURERA

SU ÚLTIMA JORNADA

Envuelta en la toca la frente severa
y el cuerpo en el burdo y áspero sayal,
junto á su constante joven compañera
camina la santa monja aventurera,
conquistadora espiritual.

A pie por las luengas áridas calzadas,
que pedir albergue tuvo alguna vez
en las pastoriles chozas y majadas,
en las ruines ventas y sucias posadas
entre la gente más soez.

¡Qué importa si es firme, si es santo su empeño!...
no se gana el cielo sin pena jamás;
el precio á la gloria, ¿no es siempre pequeño?
Jesús expirando clavado en un leño
por redimirnos, ¿no hizo más?

Nunca vacilante, jamás abatida,
la santa heroína cumple su misión;
esposa de Cristo, por Él elegida,
ya ha sellado un ángel su unión de por vida,
trasverberándole el corazón.

En su mente brilla la divina llama
que brota del pecho, y oleadas de luz
con su pluma sobre la tierra derrama;
por verdad eterna su lengua proclama,
que es de las almas sol, la cruz.
Para ella no existe suplicio más fiero

que el de quien no puede por Dios padecer,
en estrofas canta: "por no morir muero,
y es al fin tan alta la vida que espero",
que en el martirio hallo placer.

Tan sólo una imagen atrae sus miradas:
la imagen de Cristo, que es su único amor,
del alma registra las siete moradas
que sus propios ojos ven iluminadas
por un divino resplandor.

Cuando aun era niña, pensó incauta un día,
para dar la propia vida por la fe,
huir á las tierras de la morería;
iguales anhelos siente todavía:
su voluntad es lo que fué.

Que si atravesando los mares lejanos,
á conquistar reinos, uno de otro en pos
se lanzan mil héroes audaces y ufanos,
con el crucifijo ella entre las manos,
á la conquista va de Dios.

Y cuando en los largos ásperos caminos
siente que las fuerzas faltándola van,
con sus pies desnudos huella los espinos
y sigue, cantando los versos divinos
de aquel divino cantor, Juan.

Y va recorriendo villas y lugares,
y siempre impulsada por su santo ardor,
los cimientos echa de los palomares
en que habitar puedan libres de pesares
las palomicas del Señor.

Fatigosa ha sido la jornada y dura,
mas junto al camino ya se oye correr
la escondida fuente de agua fresca y pura
que á los viandantes un bien les procura:
Dios donde quiera se hace ver.

El sol entre nubes de tintes bermejos,
detrás de las sierras hundiéndose va,
y como nimbadas por áureos reflejos
unas altas torres se ven á lo lejos:
la villa señora, allí está.

Sentándose al borde de la clara fuente
cuyo bullir tiene ecos de oración,
Teresa su hora última presente,
y al cielo levanta la serena frente,
que allí ve el alma su mansión.

Al punto se yergue, retorna al sendero,
y hacia la cercana villa échase á andar;
¡Jesús mío! — exclama — morir pronto espero,
y un poco de tierra pedir sólo quiero
en la que pueda descansar.



**Capilla del primitivo sepulcro
(Alba de Tormes).**

EL ANGEL DE AQUEL SIGLO

SONETO

Pide la fe sus armas á la guerra;
conviértese el apóstol en guerrero;
la palabra enmudece, habla el acero
que hiere y mata al que en sus juicios yerra.

No hay más Dios, ni en el cielo, ni en la tierra,
que el Dios del Sinaí, terrible y fiero;
y es la misma verdad, la que primero
contra el error que se defiende, cierra.

De pronto, entre el fragor de la batalla
se oye la voz de un ángel peregrino,
y el odio un punto su furor acalla.

¡Oh fe!, exclama, no es ese tu destino;
al mundo con que luchas, lo avasalla
sólo un poder: el del amor divino.

EN TIERRA SANTA

A LOS PEREGRINOS TERESIANOS

Cruzados no guerreros, piadosos peregrinos
que desde luengas tierras y por largos caminos
venís hasta aquí, donde tiene el cielo más luz;
calmad vuestros anhelos y detened la planta;
llegásteis á la meta; estais en tierra santa;
haced sobre la frente la señal de la cruz.

Por estos mismos campos, por esas mismas vías
transitaron errantes en sus gloriosos días
la heróica Teresa y el místico Juan;
si no están esas sendas llenas de flores bellas,
porque ya de sus pasos se borraron las huellas,
de perennes recuerdos sembradas, sí que están.

Aquí está, sobre el monte, la cristalina fuente
donde apagó Teresa, si no la sed ardiente
que abrasaba su espíritu, su momentánea sed;
aquí la villa egregia y el pobre monasterio
en donde de su muerte cumpliósse el gran misterio,
y le dieron un poco de tierra por merced.

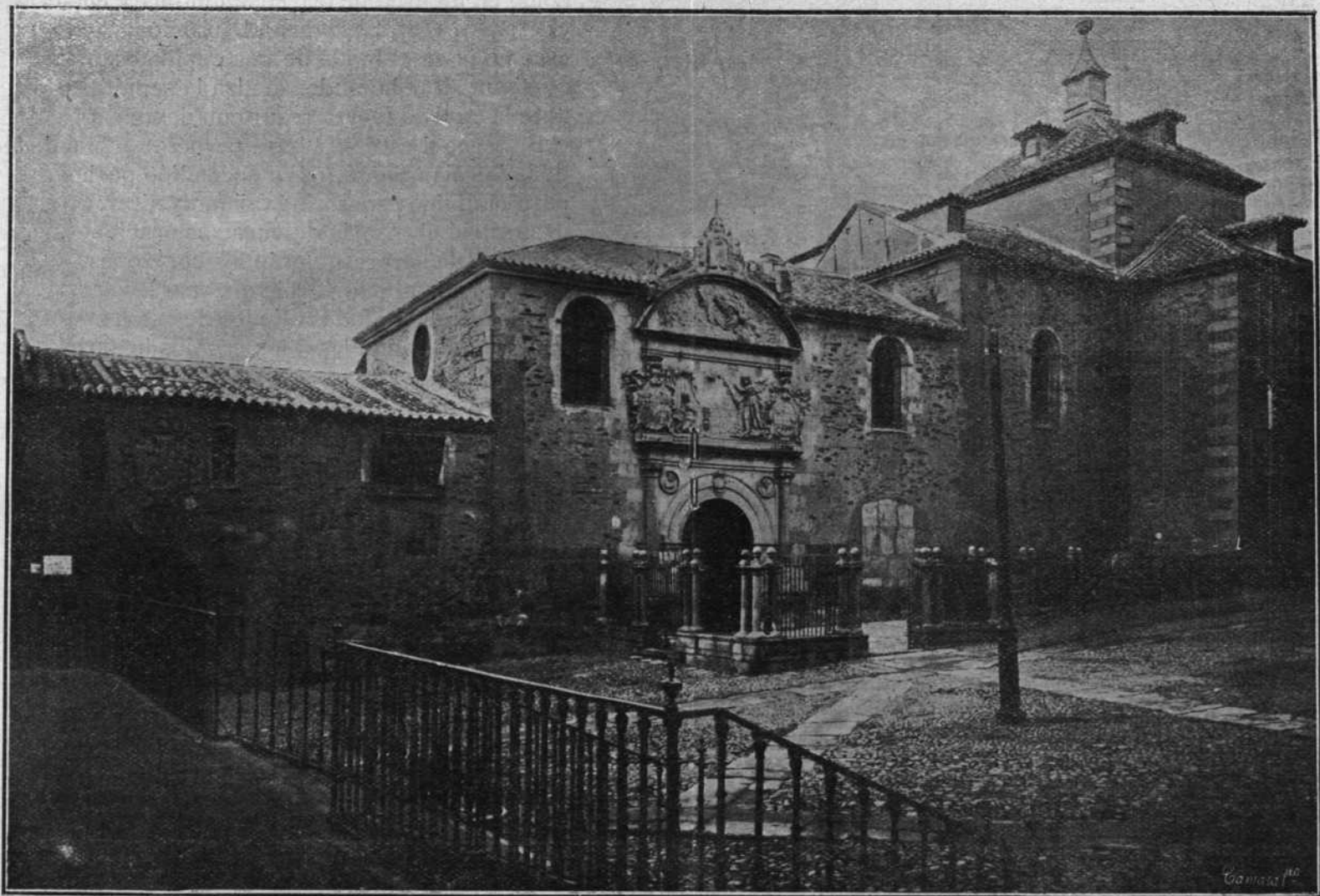
Aquí el rico tesoro de aquel corazón santo
que tanto padeciera, que amaba á Jesús tanto,
que no sin honda pena hiriólo el Seraffín;
antes que de sus restos broten duras espinas,
de él nacerán acaso, mil rosas purpurinas,
pues que de tantas flores de virtud, fué jardín.

Todo cuanto en el seno de esta bendita tierra

como en un arca de oro se amontona y encierra,
el espíritu eleva, y llama á la oración;
escondida en el fondo de una capilla oscura
como un altar humilde, se alza la sepultura
ante la cual es fuerza rezar con devoción.

En torno á este sepulcro, perpétuo y blando lecho
de la heroica Santa, cuyo encendido pecho
para el divino esposo fué tálamo y altar,
desgranad el rosario de vuestras oraciones,
y mudos de sorpresa verán los corazones
cómo á cada alma nácenle alas para volar.

Después... cruzad las lindes de estos santos lugares,
y retornad tranquilos á los propios hogares,
llevando en las pupilas, grabada esta visión,
y en la mente el recuerdo de esa Santa gloriosa,
la que el divino esposo tuvo por fiel esposa,
la que llevó á Dios mismo dentro del corazón.



Convento de las MM. Carmelitas de Alba de Tormes.

A SANTA TERESA

HIMNO (1)

CORO.

Doctora divina,
prodigio del cielo,
del fértil Carmelo
la más bella flor.
La fe que á tu imagen
altares levanta,
en tu obsequio canta
un himno de amor.

SOLO.

Desde su infancia mira
como un gozo el martirio,
y anhela en su delirio
cual mártir sucumbir.
Su cruz riendo abraza,
sólo un dolor la hiere,
muere porque no muere
y apénala el vivir.

CORO.

Doctora divina, etc.
.....

SOLO.

Al par doctora y santa
su santidad es ciencia,
que su alta inteligencia
nació del corazón.
En ella el sentimiento
es llama que ilumina,
amor, su fe divina,
su caridad, pasión.

CORO.

Doctora divina, etc.
.....

SOLO

Jesús la vida llena
de este alma santa y pura,
y Él preso en su ternura,
con ella se enlazó.
Su casto pecho un ángel
con un dardo atraviesa
en tanto que ella besa
la mano que la hirió.

CORO.

Doctora divina, etc.
.....

SOLO.

Sin miedo á hollar abrojos
y gracias á su celo
florece del Carmelo
el místico jardín,
la tierra cruza errante
y á veces ¡ay! suspira
porque del cielo mira
lejano aún el confín.

CORO.

Doctora divina, etc.
.....

(1) Este himno se canta por la Asociación de Jóvenes Teresianas de Ledesma (Salamanca), con la música que el maestro D. Federico Verdi compuso exprofeso.

LA PATRIA DE LOS MISTICOS

Tierra extendida y llana,
viejo solar y casa de Castilla,
propio hogar de esa raza sobrehumana
que solamente en su humildad cristiana
dobla ante Dios la frente y la rodilla.
Sólo en esta región del patrio suelo
que más áureas espigas da que flores,
pudo nacer en tiempos ya lejanos,
esa legión de espíritus humanos,
que con ardiente anhelo
y de sí mismos dueños y señores,
haciendo acaso violencia al Cielo,
fueron del mismo Dios conquistadores.
Sin montañas, sin fértiles laderas,
sin riscos y sin montes,
sin vallas ni fronteras
que limiten sus amplios horizontes,
Castilla es como un árido desierto,
como un mar, un mar muerto
sin islas y sin olas, sin riberas
que llamen desde lejos hacia el puerto.
Las aldeas, las villas, los lugares
con sus torres escuetas,
las naves son que en medio de estos mares
como ancladas parecen y sujetas.
Y nada en torno, nada
en la extensión sin término extendida

que atraiga la mirada
y el alma deje á lo terreno asida.
Que el alma misma en su infinito anhelo
la infinitud á recorrer no alcanza,
sólo en la luminosa lontananza
se ve cómo se funden tierra y cielo.
Y cuando al fin, con su tupido velo
la oscura noche el horizonte cierra,
y nacen las estrellas luminosas,
nadie puede decir si aquellas rosas
han nacido en el cielo ó en la tierra.
Así estas almas, héroes y heroínas
que en sus tiempos erraron peregrinas
por estas tierras llanas,
más, mucho más que humanas
parecen ser celestes y divinas.
Así aquel Juan, espíritu sincero,
de la gran Santa hermano y compañero,
y sencillo pastor enamorado
que iba de prado en prado
y de otero en otero,
corriendo siempre en busca del Amado.
Así aquel otro Juan, cuyo profundo
espíritu tenaz, de Dios se asía,
y viviendo con Dios en compañía
no anhelaba otra alguna, "ni más mundo."
Y así aquella mujer sencilla y fuerte
que ora, trabaja, peregrina, escribe,
y en luz el fuego de su amor convierte,
que por no morir muere, y de igual suerte,
por no vivir en sí, piensa que vive.
Que de su alma en lo interior se adentra
con ansiedad bendita,
hasta que al fin encuentra

al que en el fondo de cada alma habita.
Trinidad singular de almas iguales
que en su amor y sus místicos anhelos,
con palabras y signos celestiales
vinieron á enseñar á los mortales,
los misterios de Dios y de los cielos.
Y nobles héroes de la fe cristiana
estos tres santos, místicos y ascetas,
hijos son de la tierra castellana,
montañas de sus áridas mesetas.
Sólo en el agro estéril de Castilla
no negándole al cielo su tributo,
por rara maravilla,
el árbol de la cruz le dió este fruto.
Que si madre esta tierra consagrada,
y no por la fortuna,
fué de no pocos héroes de la espada,
sirvió á los genios de la cruz, de cuna.

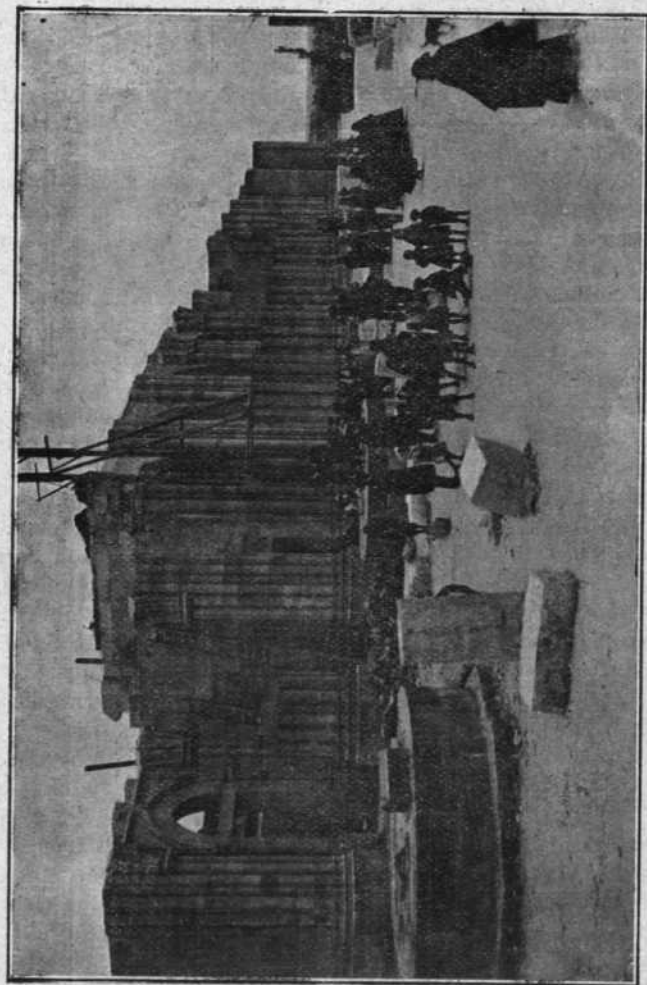


Preciosa reliquia de Santa Teresa de Jesús.

SANTA ESPAÑOLA

Mujer sublime y sencilla,
jovial á la vez y austera,
nunca tan alta palmera
dió el desierto de Castilla.
En su espíritu se enlaza
lo divino con lo humano,
que es su genio soberano
como el genio de la raza.
Para las audacias sola,
solo al cielo ayudas pide,
y jamás sus fuerzas mide:
¡bien se ve que es española!
Andariega, audaz, inquieta,
llena de fe y esperanza,
cuando á una empresa se lanza
ningún temor la sujeta.
Luchando, á su idea fiel,
por aliado tiene á Dios:
¿y quién vencerá á los dos,
si uno de los dos es Él?
De un árbol secular brote,
ó rama al tronco sujeta,
del Cid don Rodrigo es nieta,
y hermana de don Quijote.
El pelear fué su sino,
y peleó por la fe,
que pese á su sexo fué
caballero á lo divino.
De caballerías sabe,
y la orden santa profesa,
Cristo Jesús es su empresa,
que otra más alta no cabe.
Sus únicas armas son
el rosario y el cilicio,
y el descanso en su ejercicio,
la abstinencia y la oración.
Dejad á la aventurera,
libres las sendas y el paso,

que triunfos logrará acaso
donde nadie los espera.
Pronto, de triunfantes palmas
se verá sembrado el suelo,
restaurado está el Carmelo,
otro sol nace en las almas.
La tierra va á dar más flores,
y habrá luz en más hogares,
Dios tiene ya más altares,
y Jesús más amadores.
Es el triunfo soberano
de esta mujer peregrina:
alma al fin, la más divina,
corazón, el más humano.
Mujer santa, mujer fuerte
y de espíritu fecundo:
desdenadora del mundo
y amadora de la muerte.
Lengua que habla la verdad
con voz apacible y blanda,
sombra que en humildad anda
porque va á la eternidad.
Si mereciste, mujer,
que pese á tu sacra toca,
alguien te llamará loca:
¿qué más pudiste querer?
Hoy tu imagen bella y santa,
puesta se ve en los altares,
y santos son los lugares
que tú hollaste con tu planta.
Y quien recorre las vías
que tú en tiempos recorriste,
tus penas recuerda, triste,
y alegre, tus alegrías.
Y hasta en las mil flores bellas
que bordean el camino,
cree ver el peregrino
la marca fiel de tus huellas.



Vista de las cuatro espaldas construidas (parte interior) de la nueva Basílica de Alba.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Memorias de un mártir, poema en cartas.

Venganza y castigo, leyenda salmantina.

Cantos de la noche, poesías.

El poema de la tierra, poesías, con un prólogo
de D. Miguel de Unamuno.